

LA NOVELA FILM

N.º 9

30 cts.



CORAZON TRIUNFANTE



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Benjuán Vlla
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción / Lauria, n.º 96
Administración / BARCELONA

Año I

N.º 9

CORAZÓN TRIUNFANTE

Sugestiva producción
cinematográfica inter-
pretada por la gentil artista

BESSIE LOVE

LIBRO DE BELLE KANARIS MANIATES



Concesionario: S. HUGUET

Provenza, 292

BARCELONA

**Prohíbida la
reproducción**



Corazón Triunfante

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Los legendarios días del dorado Oeste, con sus audaces hombres de dos pistolas al cinto y sus aventuras a precio de vidas, pasaron ya. Pero hay algo que pertenece al glorioso Oeste que no ha de morir: la poesía!

Pedro Walters, capataz del rancho Kingdom, era un cerebro moderno, lleno de rancios conceptos restrictivos sobre las mujeres.

Por el contrario, Julián Gary, un vaquero de aquel rancho, era soñador y romántico como un poeta.

Al día siguiente de su regreso de Chicago, adonde había ido por negocio, Julián tropezó en la carretera con Pedro, su capataz y mejor amigo, a quien le ligaban, además del natural respeto, una viva simpatía por su gran corazón a toda prueba.

Como volviera triste el vaquero, díjole bromeando Pedro:

—¿No fué bien la venta de los bórregos, Julián? Desde que has vuelto, no estás en ti; parece como si vivieras en el aire.

No contestaba Julián y, bruscamente, un ruido andazmente roncó les hizo levantar la cabeza hacia el cielo.

Era un ave mecánica, un pajarraco temido durante la guerra y que inspira poca confianza en tiempo de paz: un juguete de niños mayores temerarios. Era lo que se llama un aeroplano.

¿Qué demonio había llevado allí aquel gigante alado?

Misterio.

Requ coastos de la sorpresa... y menos molestos por el potente motor, que rasgaba con sus revoluciones el aire. Julián preguntó a Pedro:

—A propósito, Pedro: ¿te gustaría estar en el aire con ese aparato?

—Tal vez. Lo que puedo jurarte es que, sin ese aparato, no me gustaría. Pero es el caso que tú no lo necesitas, pues bastante alto parecés estar... ¡Si no das pie con bola! ¿Qué te pasa, hombre? ¿cuéntame tus quebraderos de cabeza.

—Por Dios, Pedro, que te ha dado por querer convencerme de que no soy el mismo de antes. ¿Qué voy a tener, si todo ha ido a pedir de boca! La venta no pudo ser mejor... ni el viaje tampoco. Entonces...

—Algo debe de haber fracasado...

—¡Bah! Te equivocas.

—Lo preferiría...

En el valle, el aeroplano efectuaba un rápido descenso.

Un hombre y una mujer lo ocupaban.

Ambos eran jóvenes. Ella más que él—y mucho más agradable también.

Al poner ella sus pies saltarines en tierra, él, que no se movió del volante del aparato, la dijo, despidiéndola:

—Bien, nena. No va a tener mucho de alegre la vida que lleves aquí... Y menos mal si no hay alguien que se entere y comprometa tu proyecto.

—No te preocupes. Me cambiaré de nombre, lanzaré miradas de puro candor infantil... ¡y quién sabe si hasta cometeré un asesinato!

—Perfectamente. Pero no olvides una advertencia mía: ¡mide muy bien este último paso!

—Descuida.

—Adiós, pues.

—Adiós.

Se besaron.

A poco, el aguilucho volvió a su esfera y pronto no fué más que un punto invisible en el infinito.

La aviadora, seguida de su compañero leal: un diminuto perro, oteó el poblado y se dirigió hacia él.

Heriberto Kingdom, el típico ranchero moderno de California, que tenía el mismo aspecto e idénticas costumbres que los buenos burgueses de la ciudad, poseía, además del rancho, dos grandes amores, de los que se ufana: su familia, compuesta de una excelente esposa

y dos hijos, varón y hembra, y su hogar, donde sus preocupaciones—cuando había motivo para tenerlas; se fundían bajo su cálido ambiente.

La vida y la familia de don Heriberto constituían algo sacratísimo para Pedro. Eran como el evangelio de su fe.



—Bien, nena. No va a tener mucho de alegre la vida que llevas aquí...

Como adoraba a los niños, éstos le adoraban en justa correspondencia.

Algo intranquilo respecto a Julián, cuya conducta sospechosamente retraída para con él no le parecía de buen agüero, Pedro trató de

inquirir de don Heriberto la causa, a solas con él:

—¿Realizó Julián de un modo satisfactorio el negocio del ganado?

—Ya lo creo—respondió don Heriberto.—Y estoy complacidísimo del camino que tomó el muchacho. No hay que dudar de que Chicago es un mercado muy fuerte.

—En ese caso... debe haberle cegado el resplandor de las luces. Está como aturdido desde que volvió.

—¿Cree usted que a un hombre del temple de Julián unas luces vivas deslumbran?

—Algo de eso hay... y sabré lo que es de fijo.

—Tengo la completa seguridad de que no será nada malo.

—Allá veremos, don Heriberto.

Pedro se alejó y en una ventana del rancho vió a Julián mirando las estrellas y exhalando suspiros.

El capataz se le puso delante y le habló como sigue:

—Vámonos, Julián, di la verdad a tu antiguo compañero. ¿Qué contrariedad lamentas? ¿Perdiste, acaso, tus billetes de Banco?

—Mal ojo tienes para adivino, Pedro. Lo que perdí no fué el dinero, sino el corazón... ¡y ya no hay para mí otra mujer en el mundo!

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos? ¿Enfermedad de amor!... ¡Valiente cosa!

—Es más serio de lo que imaginas. Tengo mis razones para no estar de humor. Es un trance el que atravieso, bastante difícil...

—¿Engañaste acaso a alguna mujer que te plugo?

—Pedro! De haberlo hecho, aquí estaría ella conmigo, como esposa.

—Luego, si no te explicas...

—Oye, pues, ya que en saber mi pena muestras tanto interés:

Conoci a una linda muchacha en la ciudad, y, si bien es verdad que sólo bastó una de sus miradas para enamorarme, poco más me costó a mí adueñarme de su querer.

Durante los días que duró mi estancia en Chicago, nos amamos con pasión, y mi entusiasmo llegó a tal extremo que, la noche antes de partir, le pedí que se casara conmigo.

—A rapidez, nadie te gana, chico.

—Es que para saber si me ama, no es preciso aguardar a que pasen los años...

—Las apariencias son engañosas... pero sigue, que me pica la curiosidad de conocer el final.

—Como te decía antes, le rogué que fuera mi esposa y se negó... confisándome noblemente... ¡que era una ladrona!

—¿Cáspita! ¿De buena te escapaste!

—Por la bondad de ella...

—Es innegable que tuvo un magnífico arranque de conciencia... ¡pero tú no puedes

casarte con una ladrona, Julián! Ni te queda la esperanza de que se redima. ¡La que robó una vez, robará siempre!

—Yo no hago caso de las paradojas... y tu teoría lo es.

—Desgraciadamente, el mundo sabe que es un axioma.

—¿Qué mundo?

—El de la gente sensata, Julián... no el de los enamorados, donde reina la anarquía.

—Yo la quiero, Pedro, y mi conciencia no me lo reprocha.

—¿Qué piensas hacer?

—Ella se ha preocupado de indicármelo. Lee esta carta suya.

—¿De modo que le diste tu dirección?

—Naturalmente... por eso me escribe.

Pedro desdobló el papel que le entregó Julián, y leyó el escrito, que decía así:

"Julián,

"Yo no puedo casarme con usted; mi proceder no sería honrado. Pero me propongo ir a verle de vez en cuando, de noche, y entonces, puede que algún día, sabiéndome apartada de mi vida de hoy, podamos realizar nuestra ilusión.

Marta Sills."

—¿Sí que es escabroso el asunto!—comentó con pesar Pedro.—¿Que Dios te ayude si llegas a encontrarte otra vez con esa mujer! No le hagas caso, Julián; dile que nada puede

haber entre ella y tú... que siga el buen camino, si quiere, puesto que es mejor, pero que a ti te deje en paz en este tranquilo lugar.

—Tú no comprendes, Pedro, lo que Marta es para mí...

—Sacude el juguete que tienes por corazón y líbralo de las malas hierbas.

¿Me prometes ser razonable y atender mis consejos si esa muchacha viene aquí?

—Temenda es la lucha que sostienen en mí tus prejuicios y los sentimientos del amor y de la piedad.

—Es inútil seguir hablando de este particular... Eres un niño todavía. ¡Buenas noches!

* * *

Al día siguiente, por la mañana, Pedro, en su calidad de sheriff del distrito, se presentó en la cárcel de su jurisdicción y preguntó al carcelero:

—¿Hay nuevos parroquianos?

—Sí, por cierto: una muchacha que recogimos anoche por sospechosa. Reconoce tener un antecedente en Chicago.

—¿En Chicago?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Vea el libro de registro... Pues su nombre es Marta Sills, de 20 años de edad.

—¿Marta?—preguntóse a sí mismo Pedro.

—Esta es la mujer peligrosa por la que Julián está loco.

El carcelero le sacó de su meditación:

—Casi me había olvidado... Una muchacha del hotel me pidió ver a la detenida. Aún debe estar con ella, y ya es hora de que se vaya.

El carcelero se disponía a ir a avisar a la visitante de que era necesario que se marchara, cuando ésta salió de la celda, saludó inclinando ligeramente la cabeza, y desapareció camino del hotel.

Pedro, pensando en Julián que quería a aquella mujer por encima de todo, la contempló desde el umbral de la celda unos momentos, y retrocediendo hasta donde estaba el carcelero, le dijo:

—Estoy seguro de que la señora Kingdom protegerá a la prisionera. Me la llevaré bajo mi responsabilidad.

—¿La conoce usted acaso?

—Yo sé de quien me agradecerá exageradamente todo cuanto sea hecho en beneficio de esa mujer. Voy a verla ahí dentro, y le hablaré de mis buenos propósitos.

Pedro se personó en la celda en el momento en que Marta—que era la gentil misteriosa aviadora—dibujaba en la pared, con tiza, un rostro varonil.

—Quiere reproducir en los muros de su encierro los rasgos de Julián—pensó Pedro, admirado de la habilidad con que ella trabajaba.

Del rápido examen que el capataz hizo en Marta, éste sacó la lógica consecuencia del enamoramiento de Julián: la belleza. Y Pedro, cuanto más la miraba, más alta ponía la barrera que la separaba de Julián. No, no podía dejarse un buen muchacho cegar por un falso rayo de luz.

Sin embargo, lentamente, Pedro dió paso en su pecho a la consideración de que es una dolorosa espina la que se pretende clavar a uno cuando se le niega que no tiene razón de entregar su corazón a la mujer que ha elegido, y cuando, además, se hace imposible el separarlos a la fuerza. Lo más prudente, en estos casos de suma delicadeza, es entregar la responsabilidad de encontrar la solución del problema al tiempo.

Optando por lo último, Pedro empezó el interrogatorio de Marta:

—El carcelero me ha dicho que usted es una ladrona con una larga historia de antecedentes penales.

Marta, con una *sure façon* desconcertante, y bromeando encima, le contestó:

—Una larga historia, y sólo tengo veinte años! Pero yo debí nacer para andar por peligrosos senderos.

—Usted puede ganarse la vida de un modo honrado. No creo que necesite robar.

—Quizá tenga usted razón... Yo no *necesitaba* robarle a usted su reloj, por ejemplo.

—¿Cómo! ¿Se ha atrevido...? ¿De modo que, lejos de arrepentirse de su vida anterior, me demuestra usted que sigue siendo la misma...?

Marta, recordando, rompió a llorar.

Suponga usted que yo le dijera que nunca tuve un afecto sincero... que nadie en el mundo fué amable para mí.

Enternecido, Pedro, tomó el partido de revelar a Marta que él conocía su aventura con Julián.

Corrijase Marta, por el amor de Julián Gary. Yo daré a usted ocasión para ello.

—¿Bah! ¿Me han ofrecido tantas ocasiones de esas en mi vida!...

—Pero yo no las ofrezco de palabra, las doy. La llevaré a usted a casa de una mujer muy buena, a cuyo lado tengo la seguridad de que se reformará.

—¿Cree usted firmemente que sea posible mi corrección?

—Si usted está dispuesta a olvidar sus errores—conforme se lo prometió a Julián en la carta que le ha escrito últimamente—no se hará esperar su completa transformación.

—Bueno; ¿pero adónde quiere que vaya? ¿Está muy lejos?

—¿Qué importa la distancia! ¿No iría usted hasta los más remotos confines del mundo a buscar su redención para ofrécársela a Ju-

lian, que la espera con ansias de ardiente enamorado?

—Sí... claro... pero procure que encuentre eso que usted quiere que yo busque, en esta misma región.

—Es usted una atolondrada.

—Y usted hace rato que se propasa conmigo en recriminaciones.

—Soy el sheriff... y el mejor amigo de Julián, su novio.

—Pues conste que, a pesar de lo que es, no me da la gana de que me siga amonestando.

—Mal empieza su reeducación...

—Peor será si continúa usted actuando de juez.

—Tal vez haya emitido mis conceptos algo duramente... y prometo moderarme si es usted sumisa.

—¿Nos vamos ya?

—Sí, prepárese.

—*Ca y est...* ¿Y mi perrito? ¡Lulú! Venga aquí tenoriéte...

Abandonaron Marta y Pedro la celda y, antes de marcharse de la cárcel, éste dijo a la esposa del carcelero—que era más curiosa que un gato con seis patas—y mientras Marta, muy lista, se apoderaba de una cesta colmada de manjares:

—He resuelto ayudar a esta machacha, y creo que no robará más; pero si se desvía del camino recto, la encerraremos otra vez.

Poco después, llevados por un rápido automóvil guiado por Pedro, éste y Marta devoraban kilómetros.

Las violentas sacudidas del coche, sus saltos sobre las duras rocas, recordaban a Marta su navegar suave sobre los blandos vellones de las nubes... ¡Oh, cuán distinto!

Hasta que Marta notó cansancio.

—Si usted no se detiene para que descansos un poco, me parece que moriré a sus manos... ¡y aun no tengo prisa por ser cadáver!

Pedro no se hizo repetir la advertencia de Marta para obedecerle, y detuvo su coche en un lugar apartado del camino.

—Gracias, si es que sólo por mí ha interrumpido la carrera. La verdad es que su auto corre como un rayo. ¡Y tengo una sed! En esta cantimplora hay muy poca agua, ¿ya lo sabía usted?

—No se apure. Eso se arregla yendo yo a buscar más.

—¿Dónde?

—No son manantiales de agua pura lo que faltan por estos contornos. No se mueva usted de aquí. En seguida vuelvo.

Dios sabía lo que tendría que andar Pedro para encontrar agua, por que no le faltara a ella. Era un rasgo de delicadeza, no muy fácil de olvidar.

Mientras Pedro estuvo ausente, Marta des-

centró una pieza vital del auto con la enigmática intención de que Pedro no pudiera recomprender la marcha cuando lo intentase.

Así sucedió, en efecto, pues Pedro no daba con el motivo de la avería.

Marta se gozaba en los apuros de su protector, callando ladinamente su participación en la avería.

A la media hora de inútiles registros en la máquina, Pedro acabó por confesarse que él sabía mucho más de vacas que de autos.

—No podemos seguir con este endiablado coche. No anda ni que lo empuje a patadas.

—No es gran consideración en usted dar un plantón así a una señorita en medio de una carretera... Porque supongo que no intentará usted llevarme a pie hasta el fin del viaje.

—Está demasiado lejos para que ninguno de los dos vayamos a pie; pero confío en que cualquier coche que pase nos ayudará a resolver el conflicto.

—En tanto que esperamos esa casualidad, podemos merendar. Aquí está la cesta que le robé, *para usted y para mí*, a la esposa del carcelero. ¡Qué generosa ha sido esa buena señora preparándonos esa merienda!

—Lo mismo diría yo, en el caso de usted; pero me imagino que se habrá puesto como una furia cuando haya echado de menos su cesta.

Como se ve, una corriente de simpatía se establecía entre ambos.

Pedro, viendo a Marta tan joven y alegre, le tuvo sinceramente compasión. Buena elección había hecho Julián, como mujer, y era lástima que la parte moral de ella no estuviera en relación con su parte material, porque lo uno no suplía lo otro.

—¡Por Dios, Marta! ¿Quiere usted prometerme, en nombre de su amor a Julián, no volver a robar?

—No tengo inconveniente, si usted me promete llamarme en adelante por mi verdadero nombre, Leonor. "Marta" es el que adopté para mis hazañas.

—Prometido, Leonor.

—Así me gustan los jueces: amables. ¿No come usted más?

—Ya lo creo! ¡Se me abrió un apetito atroz!

—Pues no faltan platos!

—Ese par de carceleros se cuidan principescamente. Es cierto que va a disgustarse, pero le pagaré el doble de lo que vale la merienda.

Un dios infantil y ciego, atento a los asuntos de su jurisdicción, quiso convertirse en policía del tráfico para impedir que circularan coches por aquel camino.

Y fué necesario—pues les sorprendió la noche—que se resignaran a pasar la noche al aire libre.

¡Oh, mujer, eterno enigma indescifrable!... Leonor había detenido deliberadamente el coche, y aún obligó a Pedro a excusarse... ¡casi a pedirle perdón!

Ella fué la primera en acostarse a la intemperie, y como diera muestras de sentir el frío de la noche, Pedro, contemplándola lleno de respeto, la cubrió con su americana...

* * *

Leonor esperaba que la hubiesen despertado aullidos de bestias salvajes; pero no sintió otro grito que el de su propia conciencia.

Pedro se refrescaba el rostro en un cercano riachuelo, para ir luego a buscar ayuda, a pie, en las encrucijadas de la carretera, donde, infaliblemente pasaría algún automóvil.

Punzado el pecho por las espigas del remordimiento, Leonor pasó del reproche por su culpa, al pesar de haberla cometido, y de éste a la noble confesión.

—Yo soy la culpable de haber pasado la noche aquí... Sí; el auto no tiene nada más que lo que yo le hice... Con ajustar una pieza, vuelve a hacer diabluras guiado por usted.

—¿Qué ocurrencia! Pero ¿no tiene usted sesos? Lo que no puedo explicarme es qué se proponía usted con eso.

—¡Oh! Buscaba la emoción de dormir en plena naturaleza, entre montañas de sonoras

oquedades, arroyos hirvientes, profundas gargantas, flores y... y...

—Cállese, por favor... No me obligue a que le diga que está usted loca de remate.

—¡Sí lo acaba de decir! ¡Caramba...!

No pudo decir más Leonor, pues el auto, arrancando bruscamente, la hizo sentir sin respeto a su delicada encarnadura ni a su osamenta. El "¡caramba!" que había lanzado, estaba harto justificado. ¡Hasta el perrito, su inseparable amiguillo, había guao, guanado!

Al final de la senda trazada en lo alto de la colina, se extendía el rancho Kingdom, donde todo lo bueno prevalecía, envolviendo el espíritu en su saludable influencia.

Cuando se hallaron cerca de la posesión de los Kingdom, Leonor preguntó a Pedro:

—¿Qué va usted a decir de mí a esa gente?

—La verdad.

—¿Así, de golpe?

—Sin rodeos... ¿Para qué?

—Es que...

—Chsst... Esa es la señora a quien voy a confiar a usted.

Realmente, la señora Kingdom inspiraba confianza al más incrédulo de las bondades humanas. Al verla, Leonor sonrió para sus adentros.

Pedro la presentó a dicha dama:

—Esta es una infeliz muchacha necesitada

de una amistad sincera que guíe sus pasos por el mundo.

—No se moleste, señor...—intervino Leonor.—¡He decidido que la señora Kingdom sepa la verdad, oyéndola de mis propios labios!

—Mi deber me obliga...

—Si esta joven necesita de mí, váyase tranquilo, Pedro, que yo sabré quién es ella...

Mordiéndose los labios Pedro—*no sabía por qué*—y se fué al encuentro de Julián, a quien encontró a la puerta de la casa del rancho.

—He prometido enviar provisionalmente un vaquero al rancho Westcott, y preferiría que fueras tú.

—Lo que me mandes he de hacer; sin embargo...

No pases ningún cuidado por si ella viene aquí. A la primera muchacha desconocida que yo vea, le preguntaré si es Marta... y ya te avisaré.

—¿Me lo aseguras?

—¡No faltaré más, Julián!

Leonor contó toda su historia a la señora Kingdom y ésta le abrió, con su casa, donde estaría como en la suya, su corazón.

Los hijos de los Kingdom simpatizaron en seguida con Leonor, y el señor Kingdom, al corriente de todo, se mostró conforme en todo lo que hiciera su esposa.

Julián se disponía a partir hacia el rancho que le indicara Pedro, y no bien hubo preparado

su montura, Leonor y los niños le vieron y él vió a los tres también.

Los niños, desde lejos, le presentaron a Leonor a Julián:

—Ahí está Julián Gary, el mejor vaquero del rancho.

Leonor no osaba mirar a Julián, y éste, re-



—*Si esta joven necesita de mí, váyase tranquilo, Pedro...*

querido por los chiquillos, tuvo ocasión de hablar con ella.

Leonor le susurró unas palabras al oído, a la par que le hacía un gesto de ruego de silencio, para no ser descubierta, y Julián, prometiéndole

dole discreción y mostrándose altamente satisfecho, le manifestó:

—Me marchó con la tranquilidad en mi alma.

—Estaré en el rancho Westcott pocas semanas. ¿Querrá usted tenerme al corriente de lo que ocurra?

Pedro, por su parte, vió a solas a la señora Kingdom:

—¿Se lo contó todo Leonor?... Si, ya lo sé: en el fondo es una buena muchacha. No obstante, yo mantendré alejado a Julián, hasta que usted haya tenido tiempo de estudiar a esa joven y decidir si es digna de él.

Bastó una semana para convencer a Pedro de que la corrección de una muchacha es a veces muy peligrosa para el corazón.

Tan cierto era que su severidad por su pasada conducta había cambiado, trocándose en cierta inclinación contra lo que él mismo se rebelaba, como la cariñosa acogida que ella tuvo en el seno de todas las gentes del rancho. Ella era la niña mimada de los gallardos mozos que adiestraban caballos.

Pronto se adaptó Leonor a la vida de los vaqueros, y sólo por la noche se transformaba en señorita de ciudad.

Cierta vez, Pedro, visitando a los Kingdom, la vió sentada frente al piano, del que con maestría arrancaba suaves acordes.

Una clara expresión de la dicha que se

albergaba en su pecho, resplandecía en el rostro de Leonor.

—Buenas noches—saludó él cuando ella terminó de tocar.

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí...?

—Es usted una artista... Y parece vivir feliz en esta casa, ¿no?



Ella era la niña mimada de los gallardos mozos...

—Sí, soy muy feliz, mucho... No sabe usted cuánto le agradezco que me haya traído aquí. Este es el momento decisivo de mi vida.

—¿Quiere usted que envíe a buscar a Julián?

Pedro le había dirigido esta pregunta inconscientemente... y Leonor, posando sus bellos ojos en el vacío, musitó:

—No... aún no... Espere a que desaparezca la sombra más imperceptible de mis antiguos hábitos.

Pedro se lo agradeció—no sabía por qué.



—... Y parece venir feliz en esta casa, ¿no?

Mientras tanto, un poder contra el que Leonor había luchado largamente, trataba en aquel momento—en la ciudad—de obligarla a volver a una vida que cada día odiaba más.

Dos hombres—el hermano de Leonor—el aviador que la llevó donde entonces estaba—y un conocido—hablaban de ella.

—Su hermana supo escapar con una destreza admirable; pero usted va a decirme dónde está.

—Lo ignoro.

—Es inútil disimular. ¡Yo estoy dispuesto a que mi negocio triunfe, y tengo necesidad de ella!

—Será perder lastimosamente el tiempo, amigo Hebler. Mi hermana ha terminado con usted. Para que usted se convenza, voy a mostrarle un telegrama que no tendrá más de unos cuatro días.

Hebler leyó:

"Alfredo Gibson,

Hotel Central

Chicago,

"Estoy rancha Kingdom, admirablemente atendida. Dentro de pocos días no teneré persecución de Hebler. Mis ideas se hacen más firmes. Me siento feliz.

"Tu hermana

Leonor."

—Su hermana no sabe lo que dice. ¡Yo se lo haré ver!

En el salón de los Kingdom, entretanto, Leonor desconcertaba a Pedro, delante de aquéllos, bailando con él.

Y esa y otras manifestaciones de buen humor de Leonor, les hacía mucha gracia a los propietarios del rancho.

Como entre los seres humanos, hay entre los caballos unos de buena inclinación, bien cuidados y presumidos y que parecen conscientes del terreno en que pisan... y hay otros que pudiéramos llamar los "sin ley", los renegados, al margen siempre de todas las reglas y peligrosamente rebeldes a todo freno.



En el salón de los Kingdom, entretanto, Leonor desconcertaba a Pedro...

Leonor, según Pedro pensaba ella—era uno de esos seres rebeldes... y en ocasión de presenciar el fracaso de todos los vaqueros en dominar un potro, se lanzó a la pista y lo

montó con fervorosa fe, logrando sostenerse en él, ante el asombro de todos.

El caballo, vencido, tuvo deseos de expansión y echó a correr por el valle con gran contento de Leonor.

Los vaqueros, admirados, le gritaron:
¡Córrelo bien, muchacha, córrelo!



... se lanzó a la pista y lo montó con fervorosa fe...

Pedro vio la temeridad de Leonor y se lanzó a su persecución; mas ella interpretó mal los propósitos salvadores que le animaban, y le objetó, cuando él le aconsejó prudencia:

—¡Oh, se excita usted inútilmente! No crea

que voy a escaparme con las joyas de la familia!

Chascado, Pedro regresó solo al rancho, pues Leonor prosiguió su paseo cabalgando el indómito domado.

El interesado fin de hallar a Leonor llevó a Hebler a la casa de Kingdom, cuya familia, que nada recelaba, le dispensó afectuosa acogida.

Leonor acostaba a los niños, después de haberse prestado a las inocentes diversiones que los pequeños solían pedirle con dulces halagos, una de las cuales consistía en reflejar en la pared, a través de un rayo de luz, las sombras de animales y seres que combinaban sus manos.

Avisada de la llegada de Hebler, por el propio don Heriberto, Leonor, pensando en Pedro, hizo una mueca de desagrado.

Frente a frente con Hebler, apartados de los demás, Leonor le recriminó con la mirada su intempestiva presencia en aquella casa.

—De modo que pensaba usted que podría escapármeme, ¿no es eso?—dijole él con aire de vencedor.

—No levante la voz, por favor.

—Haga su equipaje, porque partimos en seguida.

—¡No me pida usted que vuelva! Yo he dado mi último adiós a la antigua vida.

—Pícnese en el dinero fácil y abundante, Leonor. ¡No sea usted necia!

—Puede ser que diga usted verdad: que sea un papel de necia el que yo estoy haciendo aquí —respondió Leonor, pensando en Pedro, que la espiaba.

—De modo que...

—Mañana sabrá usted lo que voy a hacer. Invitado a cenar por los Kingdom, Hebler



Leonor acostaba a los niños...

se sentó a la mesa de ellos; Leonor y Pedro, quien en vano trató de ocultar el malestar que le causaba la presencia del intruso y las atenciones de que Leonor le hacía objeto; su gesto era delator.

Aparte de esto, Julián bajo el influjo de

su temperamento romántico, se dejó prender en el hechizo de la noche de luna, y cabalgó bajo su luz de ensueño para ver a Leonor.

Al terminar la cena en casa de los Kingdom, Pedro, aislándose a un lado del salón con Leonor, le preguntó con cierta exigencia:

—¿Quién es ese hombre? ¿A qué ha ve-



—No levante la voz, por favor...

nido? ¿Qué significa para usted?

Leonor, extrañada, replicó:

—¿Desde cuándo tengo yo que dar a usted cuenta de mis amistades?

Comprendiendo su torpeza, y con más calma en su voz, Pedro quiso explicarse:

—Leonor, yo deseo que usted...

—Lo sé; usted desearía que yo no fuese ladrona...—le interrumpió Leonor—y yo desearía que en el alma de usted cupiese el perdón.

Cortado, Pedro, dejó sola a Leonor y se despidió de los Kingdom, que conversaban con Heblar.

De súbito, de las tristes meditaciones en que Leonor se abismaba, vino a sacarla un silbido que Julián dió al pie del balcón junto al cual ella estaba.

—Usted debe tener paciencia y esperar los acontecimientos—le dijo ella al verle, asomándose al balcón. Y añadió:—Ame usted como aman las mujeres, sabiendo creer y esperar sin preguntar nada. La duda es un arma que al primero que hiere es a quien la esgrime.

—¿Cuándo podré saber algo concreto?

—Venga mañana y le daré una respuesta.

Llegó el nuevo día, y Leonor se dispuso a jugar su última carta, con la esperanza de ganar la partida.

A media mañana, la señora Kingdom y Leonor recibieron, con vivas muestras de alegría, la visita de una joven, de aspecto modesto y bueno.

—Leonor y yo esperábamos a usted con gran ansiedad—le dijo la señora Kingdom.

—Vine tan pronto como supe que se me llamaba.

—Ven a mi cuarto, ahora—manifestóle Leo-

nor. Y ya en él:—Dime ahora qué ha sido de tu vida. Cuéntame todo lo que ha pasado desde que te vi la última vez.

—Prometo que he sido buena y que he sacado buen provecho de todos los consejos que recibí. Estoy muy agradecida...

—Las dos tenemos muchas cosas a que estar agradecidas... Yo también me he descubierto a mí misma, que no es poco. Pero todo sea por lo que *ha de ser*. Ven conmigo al jardín y tendrás tu recompensado.

—¿Cuál?... ¿El?

—No seas curiosa... Espera aquí.

Alejóse Leonor de su amiga, para hablar con Julián, que aparecía para recoger la respuesta que le prometiera la víspera.

—Prepárese a recibir una alegría tremenda.

—¿Diga, diga aprisa! ¿Puedo verla ya?

—Sí, hombre; Marta está esperándole... y ya no hay obstáculos que le impidan llegar a ella.

—¡Oh, mi Marta!—explotó Julián al alcanzar a ésta.

—¡Mi Julián!

Pedro, que presencié esta enigmática escena, y que se convenció—por los mimos que Julián y Leonor se prohibían—de que Leonor no era Marta, preguntó a ésta, con una esperanza en el alma:

—¿Qué la indujo a decir que usted era Marta Sills?

—Jamás dije que yo era Marta,—aclaró Leonor sonriente.—Lejos de ello, quise espontáneamente, diciéndole a usted mi verdadero nombre, disuadirle de esta creencia.

Vaciló un poco Pedro, pero al fin no pudo más y confesó a Leonor:

—Yo amo a usted! La he amado desde aquella primera noche en que acampamos bajo las estrellas; pero he estado luchando contra este amor, porque...

—Porque me encontró usted en la cárcel... y su amor no era bastante fuerte para perdonar!

—No tenía derecho a amar a usted, porque la creía Marta Sills... y Marta era la pasión de Julián Gary.

—Ah! Bien. Entonces, dígame, Pedro: ¿está usted dispuesto a amarme... aunque sea una ladrona!

Pedro, hechizado por las cálidas miradas de Leonor, respondió:

—¡Aunque lo sea... la adoro!

No bien hubo Pedro dibujado el gesto de abrazarla con pasión—pues ella se abandonaba—Leonor se tugó de sus brazos. El la persiguió, mas se detuvo al ver cómo Hebler le cerraba el paso a ella. Y escuchó:

—Y bien, Leonor, ¿cuál va a ser su respuesta: sí o no?

—Nada, Hebler; he decidido no dejarme seducir por el dinero fácil.

—¿Cómo? ¿Se niega usted a renovar su contrato?

—¡En absoluto! Para mí se han acabado ya las películas.

—¿Usted me dice que está dispuesta a renunciar a dos mil dólares semanales? ¿Pues fíjese en lo que perderé yo!

—¡El dinero no es todo en la vida!

Yo he aprendido que el único encanto que tiene la existencia es el amor.

—¿Y sería usted capaz de sacrificar su brillante carrera de la pantalla por un humilde vaquero de rancho?

Pedro, atribuyéndose el menosprecio, interrumpió la plática, que se agriaba, y objetó al empresario:

—Un vaquero puede que tenga más corazón y que valga más que un estúpido cargado de dinero y avariento de él. ¡Si no fuera...!

—Repórtese, Pedro.

—¿Qué quiere ese hombre?... ¿Quién le llamó a usted aquí...?

—Mi amor propio... mi derecho... porque esta mujer me ama.

—Yo no debo entenderme con usted...

—Conmigo ha de ser si ella no quiere seguir soportándolo. Conque, que ella esoja.

—Serénense ustedes. Yo ya pronuncié mi última palabra: renuncio a seguir a Hebler.

—Ya lo oye usted, señor empresario exigente: aquí está usted de más.

—No esperaba yo esto de usted, Leonor.

—Evite comentarios.

—Si me cuadra.

—Aunque no.

Mal que le pesara, partió Hebler con las orejas gachas, y, una vez solos, Pedro dijo a Leonor:



—Un vaquero puede que tenga más corazón y que valga más que un estúpido cargado de dinero.

—¿Usted una actriz de cinematógrafo! ¿Qué hacía usted, entonces, en la cárcel?

—Mi hermano me trajo en aeroplano a esta

ciudad, para que pudiera ocultarme de Hebler mientras espiraba su plazo de opción a mis servicios... Me enteré de que una muchacha estaba detenida, y fui a la cárcel para verla... Era Marta Sills... Me contó sus esfuerzos por destacar una injusta acusación de robo que soñó ella pesaba, para llegar a su adorado Ju-



—Yo lo ayudo usted, señor empresario exigente; aquí está usted de más.

Él es Gary con un nombre limpio... y yo, apañada de la víctima de un error de la Justicia, tomé su puesto.

—Y así nos engañó a todos!

—Oh, no! Todos los demás lo sabían, ex-

cepto usted. La señora Kingdom ha sido mi excelente colaboradora...

Pedro, agradablemente sorprendido, preguntó, amoroso, a Leonor:

—¿Recuerda usted sus palabras acerca del amor, al que llamó usted el único encanto del mundo?

Leonor, recordaba...

Y de repente, casi asustándola, Pedro la levantó en sus brazos y le repitió: ¿Recuerda usted...?

Un poco ruborizada, Leonor comentó:

—Yo no he querido más cine... pero esto parece exactamente el final de una película.

Algo falta aún.

No veo...

—¡Este beso!!

FIN

(Revisado por la censura militar)

Próximo Número
¡ ACONTECIMIENTO !
La sugestiva novela

POR LA PUERTA DE SERVICIO

Por la «muñeca del mundo»

Mary Pickford

De éxito mundial



POSTAL-ESCENA:

ETHEL CLAYTON



PRECIO: 50 CTS.

Publicación selecta

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrien-
tes, de venta, en La SOCIEDAD Ge-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, s. A.
Barbará, 16 - BARCELONA
y en sus Agencias de Provincias.

